

EL CRUCIGRAMA

(lema: sé tú)

Siempre pensé que el Ministerio de los Funcionarios Olvidados era una leyenda urbana. Una leyenda, eso sí, tan cruel como aterradora inventada por gente ociosa para gente ociosa. He tardado toda una vida en descubrir que existía de verdad. Ahora que me he despertado de un sueño involuntario, ahora que me he hartado de gritar, de golpear las paredes y de llorar como un niño, acabo de comprender cuál es la última pieza *del puzzle* y puedo ver la imagen completa de la tragedia, pero ya es demasiado tarde. Voy a morir de hambre y de sed, en soledad, por culpa de un megalómano hijo de puta. Antes de que eso suceda necesito contar toda la historia por mí y por los demás, aunque soy muy consciente de la inutilidad de mi empeño. Este manuscrito jamás saldrá de estas cuatro paredes de granito, yo soy su creador y su único lector. Aunque es duro conocer que mi final será terrible, lo afrontaré con serenidad. Mi nombre es Cosme López Murillo y soy un funcionario eterno.

Toda mi vida laboral ha estado vinculada a la función pública. Esa ha sido una de las razones, por desgracia, de que ahora esté aquí. ¿Pero cómo sospecharlo? La situación es demasiado perversa para que una persona normal como yo pueda asimilarla. Desde que con 20 años recién cumplidos aprobé las oposiciones para Administrativo del Estado, hasta hoy que ya tengo 50, he sido un chupatintas, un funcionario. No tuve más ambición laboral que tener un empleo seguro y vivir lo mejor posible, de manera ordenada.

Durante treinta años me dediqué día tras día a la misma función: expedir, renovar y dar de baja las tarjetas de identidad de todos los funcionarios del Estado. Las tarjetas eran cartulinas rectangulares de color amarillo y sólo contaban con datos en una de las caras. En el ángulo superior izquierdo se colocaba la foto y en el resto, a máquina de escribir, lo habitual: nombre, apellidos, cargo, destino, antigüedad, fecha de expedición y fecha de caducidad, que era de cinco años. Me gustaba mi trabajo porque era claro, sencillo, ordenado y exacto. Quizás un poco repetitivo y monótono, es verdad, pero eso a mí me daba seguridad.

Hace varios meses todo cambió de manera radical. Circulaban rumores persistentes sobre el fin de mi actividad, lo que me inquietaba sobremanera. Se decía que, en breve, la expedición de las tarjetas de identidad de los funcionarios se realizaría de manera informática por un departamento de nueva creación. Un departamento que ni siquiera dependería del Ministerio de la Administración Pública al que yo pertenecía, sino de otro por determinar. Los rumores decían que la cartulina amarilla sería sustituida por una tarjeta de plástico y yo

pensaba que sería aséptica, como nuestro futuro. Los peores presagios se hicieron realidad y antes de finalizar el año recibí una escueta carta de mi director general en la que se confirmaban dichos rumores y se me dejaba "en espera de destino".

Al principio me dediqué a leer el periódico. No tenía cometido alguno que realizar. Esperaba que la situación no se alargase más que uno o dos días, a lo sumo una semana, hasta que me trasladase a mi nuevo destino, que yo imaginaba sería dentro de la misma dirección general. Pero los días pasaban y nadie parecía recordar que yo estaba allí haciendo bueno el tópico del funcionario ocioso, rellenando crucigramas:

Horizontales. I. Río más largo de Europa.

Verticales. I. Actor protagonista de la película del oeste Río Bravo.

Entre crucigramas y tedio se fueron pasando las semanas. Incluso envié una carta a mi director general informándole de mi situación, pero nunca recibí respuesta. Un día llegué a mi despacho y habían desaparecido todas las estanterías con los archivos. Otro día, le tocó el turno a mi vieja máquina de escribir, al teléfono y a los dos cuadros tristes que colgaban de la pared. Finalmente, se llevaron las cortinas y una planta que nunca supe a quién pertenecía, dejándome sólo la silla y la mesa.

Un viernes vi una carta sobre mi desolada mesa. Abrí el sobre y me quedé helado: se me comunicaba el traslado a la Jefatura del Estado. Debía presentarme sin falta el lunes siguiente. Por fin me habían dado destino, aunque me inquietaba un cambio tan brusco. Yo siempre fui un humilde funcionario gris, en la sombra, y ahora me sacaban de mi ministerio de toda la vida para ir a trabajar en primera línea con el viejo dictador, con el líder supremo, con el hombre que había gobernado el país con mano de hierro durante casi medio siglo. Se suponía que era un premio, un reconocimiento profesional, pero no me gustó. Poco podía imaginar lo que vendría después. Además, y ahora sí puedo decirlo con toda la razón del mundo, detesto al tirano y a su brutal dictadura. Aunque claro, nunca me atreví a decirlo en voz alta para no terminar en la cárcel con los huesos rotos por la tortura. ¡Cabrón perverso! ¡Maldito cazurro hipócrita!

Necesitaba desahogarme, es lo único que me queda. Estar encerrado en un cubo de granito de 2 metros de largo, por 2 de ancho y por 2 de alto no invita precisamente a la concordia entre los seres humanos. El aire empieza a estar enrarecido. Creo que he sido un

poco iluso pensando en una muerte por hambre y sed. Moriré por asfixia. Este pequeño cubo de granito no tiene ventilación, es hermético. No tiene ni puertas ni ventanas. El aire no sólo se agota rápidamente, sino que lo voy contaminando con mi propia respiración. No me queda mucho tiempo, debo terminar mi historia. Yo soy un hombre ordenado.

El Palacio Presidencial me impresionó. Todo era grande, todo era majestuoso, todo era luminoso. Es verdad que me pareció de otra época, como si quisiera emular el sabor de la historia. Me encontré con un edificio gigantesco por fuera y sorprendente por dentro. Tenía una decoración, unos muebles y unos objetos de todos los siglos y culturas. Pude ver mosaicos romanos, joyas visigodas, arcos mudéjares de ladrillo, esculturas medievales, mobiliario renacentista, murales barrocos, tapices de la Ilustración y así un largo e importante etcétera. Con el tiempo, algo llamó mi atención entre tanto lujo apabullante. En todas las dependencias del Palacio *que fui* conociendo, absolutamente en todas, vi algo perteneciente o relativo a China. Era evidente que había alguien enamorado de ese país oriental y de su civilización milenaria. Pronto conocí que se trataba del dictador, todo el mundo lo sabía.

Nada más llegar a mi nuevo destino, noté que algo no iba bien. Había dos departamentos. Uno era el oficial, el que transitaba los asuntos de la Presidencia. El otro, al que fui destinado, no tenía cometido alguno. Despachábamos temas menores, casi anodinos. Mi primera impresión fue que aquel lugar era un cementerio de elefantes. Todos mis nuevos compañeros reunían el mismo perfil: hombres maduros, solteros o viudos, con muchos años de servicio en la Administración. Cuando los conocí mejor, descubrí que todos ellos fueron víctimas, como yo, de reformas, reestructuraciones o reajustes. Éramos personal excedente, material desechable, trabajadores *haciendo pasillos*. Medio centenar de hombres solos, sin apenas actividad, vagando sin pena ni gloria por una sala desangelada. Un departamento fantasma de leyenda: el Ministerio de los Funcionarios Olvidados. Noté una gran diferencia con mi destino anterior porque aquí el control era absoluto. Al principio pensé que era por seguridad, por la cercanía al dictador, pero pronto comprendí que no era sólo por eso. El jefe del departamento nos controlaba hasta el más mínimo detalle, incluyendo asuntos de nuestra vida personal, como enfermedades padecidas, relaciones personales, vínculos sociales fuera del Ministerio, viajes realizados etc. A todos nos molestaba ese control, pero es lo que tienen

las dictaduras: se interioriza tanto el miedo a la cárcel, a la tortura y a las represalias que hasta la imposición más absurda o humillante termina pareciendo normal.

El jefe del departamento, al que todos apodaban *el sabueso*, nos hacía con cierta regularidad lo que él denominaba *entrevistas en profundidad*, un eufemismo de unos interrogatorios intensivos que a todos nos intimidaban. En ellos, repasábamos una y otra vez nuestra vida profesional y personal. Así, sin quererlo, le facilitábamos información que nos podía comprometer o incurríamos en contradicciones. En una de estas *amistosas entrevistas* confesé que había realizado una visita turística a China y que me interesaba mucho la cultura de ese país y de Oriente en general. Un día *el sabueso* me llamó a su despacho y me comunicó que "*el mismísimo presidente en persona*" deseaba verme. Me quedé helado. No podía imaginar qué quería de mí el hombre más poderoso del país, *el padre de la patria*, *el gran timonel*, como decía la propaganda oficial.

Cuando entré en su despacho, me quedé clavado ante él. Casi dos metros de dictador me contemplaban. Me pareció un hombre fuerte, a pesar de sus 80 años y de que los rumores decían que su salud era cada vez más precaria por una grave insuficiencia cardíaca. Su presencia imponía respeto. Tenía algo animal, como si en su interior viviese un tigre agazapado que esperaba el momento de salir y despedazar al que tuviese delante. Estaba acostumbrado a impresionar, a ser obedecido, a imponer su voluntad y se notaba cuando te miraba. Me estudió durante unos segundos y señaló la silla que estaba colocada delante de su mesa.

- Tengo entendido que está usted interesado en la cultura china...

Lo dijo con sequedad, casi de manera cortante. Con el paso de los minutos comprendí que ese tono era, probablemente, lo más conciliador que podía esperarse de él. Le expliqué detalladamente mi viaje a China y cuando le hablé de mi visita a los famosos guerreros de terracota de Xiam un brillo apareció en su mirada. Algo parecido a la fascinación se apoderó de él. Sabía que, probablemente, el dictador conocía todo lo que yo le estaba contando, pero resultaba evidente que el tema le apasionaba. ¡Qué imbécil fui! ¡Cuánto disfruté hablando de ellos con el dictador sin saber que estaba cavando mi propia tumba! Me encantaba recordar a los guerreros de Xiam, ese ejército de soldados y caballos de arcilla hallado dentro del mausoleo del autoproclamado Primer Emperador de China Qin Shi Huang. En total, más de

siete mil figuras de tamaño real, que fueron enterradas en el año 210 antes de Cristo. Sepultando estas estatuas se creía que el Emperador seguiría teniendo tropas bajo su mando.

Cuando terminé mi entusiasta disertación, el dictador me ordenó:

- Sígame, voy a mostrarle algo que muy pocos han visto.

Su tono era seco y cuartelero. El presidente atravesó a grandes pasos su enorme despacho, abrió una puerta situada en un rincón y por unos segundos desapareció. Cuando llegué a su lado me sentí transportado a la China antigua. Era una amplia sala totalmente decorada con motivos chinos. Abundaban los jarrones, las joyas, las armas, los dragones, los budas y hasta un enorme *gong*. Predominaban los colores rojo y dorado. En el centro de la sala se erguía una gigantesca maqueta de piedra. El dictador se acercó a ella y, por una vez, detecté emoción en sus palabras:

- Aquí descansaré toda la eternidad. Es la maqueta de mi mausoleo. Está hecha con granito. Esto de la izquierda serán mis dependencias y esto de la derecha, donde se ubicará mi ejército personal de 400 guerreros.

Me sentí desconcertado, estaba ante un megalómano totalmente chiflado. Al menos, la maqueta era espectacular. A la izquierda, había un enorme cubo, la cámara mortuoria, que según la escala tenía lados de 20 metros. A la derecha, se ubicaban 400 pequeños cubos, cada uno de ellos de 2 metros de lado. Estaban colocados unos junto a otros y me pareció que formaban un gran crucigrama cuadrado de 20 por 20.

- Todas las construcciones -me explicó el dictador- se basan en el número 2 o en sus múltiplos. Es por una razón. El 2 simboliza lo que somos: una vida terrenal y otra vida eterna. Yo soy como un gran emperador chino, me iré al más allá rodeado de mi ejército de servidores públicos. Ellos serán mis guerreros de terracota.

El aire se ha vuelto irrespirable, no me queda mucho tiempo. Este curioso flexo a pilas que me alumbra parece que cada vez da menos luz o quizá sea yo, que empiezo a ver con dificultad. El bastardo lo ha previsto todo. Una pequeña mesa, una silla, algunos folios en blanco y un par de bolígrafos, junto con una bombilla decadente, son toda mi compañía. ¡Para qué más! habrá pensado el tirano, es todo lo que necesita un funcionario.

Después de hablar con el dictador, presentía que algo iba a suceder. ¡Cómo no me lo imaginé! He pasado el último mes muy inquieto. Hoy, poco antes de las 3 de la tarde, *el*

sabueso me llamó a su despacho. Me comunicó mi traslado a un nuevo departamento dentro de la Jefatura del Estado, el Servicio Especial del Presidente, al destino *H.20, V.20*. A pesar de mi estupefacción, *el sabueso* me felicitó, me dijo que era un gran honor y me anunció que "*el mismísimo presidente en persona*" quería verme. Esta vez el dictador no me impresionó. Estaba ligeramente encorvado y tenía un aspecto demacrado. Los rumores eran ciertos, la insuficiencia cardiaca grave que padecía le estaba matando. No me sorprendió. En su corazón de piedra la sangre no circulaba por dentro, sólo resbalaba por fuera. Es lo que tiene el granito, que es impermeable a las emociones.

El dictador ordenó :

- *Sígame.*

Esta vez atravesó su despacho con paso cansino y llegó a la sala oriental con dificultad. Le costaba hablar.

- *El otro día le mostré esta maqueta de mi mausoleo. Hoy quiero que lo conozca personalmente. Desde este momento, usted forma parte de mi guardia personal. Enhorabuena.*

Me extendió la mano y yo se la estreché. No entendía nada de lo que estaba pasando, así que opté, como un idiota, por seguirle la corriente. El dictador avanzó hacia el final de la sala y apartó un panel decorativo de madera que ocultaba la puerta de un ascensor. Me invitó a entrar y bajamos hasta más allá del sótano. Al abrir la puerta me encontré en una estación de ferrocarril clandestina que albergaba un pequeño tren eléctrico con varios vagones. Subimos, nos sentamos y rápidamente su conductor lo puso en marcha.

El tren se introdujo en un túnel amplio e iluminado. Junto a la vía había una carretera asfaltada de cuatro metros de anchura. ¡Quién podía imaginar que aquello existía bajo el Palacio Presidencial! Sin apenas ruido, el tren fue avanzando despacio. Desde el mismo contemplé a izquierda y a derecha numerosas réplicas de los famosos guerreros de terracota. El túnel, con una longitud aproximada de 1 kilómetro, desembocaba en una gigantesca caverna cubierta por una espectacular bóveda. Era una obra desmesurada, una auténtica labor de chinos. Como en la maqueta, reconocí a la izquierda el cubo de granito de 20 metros de lado, donde reposarían los restos del dictador. A la derecha se ubicaban los 400 cubos de granito, colocados juntos como las cuadrículas de un crucigrama, que albergarían a los 400

soldados de su ejército personal. Todos los cubos estaban herméticamente cerrados, menos uno situado en el extremo inferior derecho al que le faltaba uno de sus lados. Parecía la entrada a una cueva. ¡Cómo no me percaté de que era un nicho destinado para mí!

He descubierto demasiado tarde que este cubo de granito en el que estoy encerrado es mi tumba. Yo soy, a mi pesar, uno de los 400 guerreros del ejército personal del dictador, el último en ser reclutado. Las claves negras pintadas en estas paredes, *H.20, V.20*, así lo atestiguan. Significan *Horizontales 20, Verticales 20*. El dictador tiene un macabro sentido del humor. Su ejército reposa en este enorme y siniestro crucigrama, el entretenimiento favorito de sus soldados, los funcionarios. Yo ocupo la última cuadrícula, es mi destino eterno.

Me estoy quedando sin aire, respiro con dificultad. Esto se acaba. Es injusto morir por el estúpido capricho de un paranoico. 400 hombres sacrificados por la megalomanía de un loco. 400 vidas enterradas en vida. Al tirano no le importa nada. Hace un rato, cuando me mostraba este mausoleo, me invitó a un té chino. Mientras yo lo tomaba le vi sonreír. Me estaba enviando a una muerte horrible y se reía, el muy hijo de puta. Un somnífero en el té, un dulce sueño y me he despertado sentado en esta silla con la cabeza apoyada sobre la mesa, como supongo que les pasó a los demás *guerreros*. Me he hartado de gritar, de llorar y de golpear estas paredes hasta que me han sangrado las manos. Dejo esta historia por mí y por los demás. Me ahogo, no puedo respirar.

¡Quiero vivir!

¡Quiero vivir!

¡Quiero vivir!